

# **MODERNIDAD Y TRANSFORMACIONES CULTURALES**

- JOSE JOAQUIN BRUNNER

## ESQUEMA DE ANMISIS

Este trabajo versa sobre las transformaciones de la cultura en Chile en los años '80.

Entendemos por cultura, en el contexto de nuestro análisis, los procesos de producción y transmisión de sentidos que construyen el mundo simbólico de los individuos y la sociedad. Estos procesos comprenden la producción organizada de bienes simbólicos ("textos" en general; conocimientos, informaciones, imágenes, modas, ídolos, currícula, "bienes de salvación", interpretaciones, concepciones de mundo, etc.) y la continua producción de sentidos a nivel de las relaciones cotidianas mediante las interacciones situadas en que los individuos se ven envueltos con otros y consigo mismos.

Reservaremos para el primer tipo de producciones la denominación de procesos de campo, puesto que tienen su origen y se regulan conforme a las reglas de estructuración y funcionamiento del campo cultural; y, para el segundo tipo, la denominación de procesos propios de la cultura cotidiana, pues es en esa esfera donde ellos se expresan y cumplen sus efectos comunicativos.<sup>1</sup>

A lo largo de este trabajo abordaremos los siguientes tópicos:

- U incorporación de la modernidad en la cultura chilena y sus exposiciones más características, por constituir éste, a nuestro juicio, el proceso decisivo y determinante de la evolución cultural contemporánea en nuestra sociedad. El desarrollo de este tópico servirá, además, como una presentación "en acto" de las categorías conceptuales que usaremos a lo largo del desarrollo de este documento.

- La cultura chilena bajo el régimen militar-autoritario, cuyo

análisis constituye una primera aproximación al "estado cultural de la nación". Analizaremos principalmente los efectos culturales específicos de la conformación de este régimen político y de sus políticas de transformación de la sociedad. Este capítulo, a diferencia del anterior, se centrará en torno a los procesos recientes de evolución de la cultura nacional, caracterizando al efecto los factores de contexto más relevantes. En esta parte se incluye, asimismo, el análisis de los efectos de la crisis económica de los comienzos de 80' y los efectos sobre la operación de la cultura.

- La caracterización actual de la cultura en Chile, mostrando sus dinámicas centrales y describiendo las características principales de la *producción de campo*, de los fenómenos de *consumo cultural* y de operación de la cultura cotidiana. En este capítulo haremos énfasis en los aspectos cuantitativos de los fenómenos culturales bajo análisis y en la interpretación de sus dinámicas dentro del cuadro determinado por la incorporación de la modernidad y el contexto proporcionado por la existencia del régimen militar autoritario.

- Por último, en el capítulo cuarto, presentaremos algunas de las tendencias de y las encrucijadas que a nuestro juicio marcarán, decisivamente la evolución futura de la cultura en Chile, tomando pie en el fenómeno básico de incorporación de la modernidad y en su *sobredeterminación* por los efectos producidos por el desarrollo de la sociedad chilena durante la década de 1980.

## LA INCORPORACION DE LA MODERNIDAD

La cultura chilena se encuentra en pleno proceso de incorporar la *modernidad* como su vector básico de organización y desarrollo. Más adelante analizaremos el corolario de esta hipótesis; cual es, que en Chile las dinámicas y los conflictos relevantes del campo cultural y de la cultura cotidiana son aquellos específicos de la *modernidad periférica*,<sup>2</sup> en el contexto de una sociedad que atraviesa, desde el año 1973, por un proceso significativo de transformaciones impuestas por un régimen militar autoritario.

El proceso de *incorporación de la modernidad* es típicamente un proceso de *larga duración* que, en Chile, se inicia en los años 29 de este siglo y se amplía y profundiza con posterioridad a 1964, bajo el impulso de las políticas reformistas y de cambio social del Gobierno demócrata cristiano<sup>3</sup> las que eliminan las condiciones de preservación y de reproducción de las instituciones culturales y de los modos de interacción identificados con la cultura tradicional.

Entendemos por proceso de *incorporación de la modernidad*

un "movimiento de época" que abarca los siguientes fenómenos culturales estrechamente interrelacionados entre sí:

1. El desplazamiento de la cultura centrada en las comunicaciones de corto alcance por la cultura organizada como proceso de producción y comunicación para públicos masivos de consumidores de bienes culturales.
2. Simultáneamente, la transformación que experimenta la cultura por el traslado de su centro desde la esfera privada hacia la esfera pública, proceso que a su vez facilita la emergencia de nuevas formas de participación social en la cultura.
3. La noción tradicional de una "cultura nacional" como expresiva de un "ser colectivo", de una idiosincracia nacida en un territorio y de la sangre, de una identidad enraizada en la historia sigue con la modernidad la suerte de todo lo que es sólido; se esfuma en el aire...
4. La cultura cotidiana de masas -que es el fenómeno más predominante de la cultura cotidiana propia de las modernidades- es un producto directo de la nueva articulación de la cultura con la sociedad, y del predominio de los procesos culturales de campo.
5. La internacionalización de la cultura -procesos de campo y propios de la esfera cotidiana, simultáneamente- constituye un rasgo específico de la modernidad, expresado en la periferia por fenómenos de dependencia y de recepción.
6. Finalmente, las propias "condiciones de contexto" de evolución de la cultura entran a desempeñar, con el proceso de incorporación de la modernidad, un nuevo rol.

En el transcurso de este capítulo proporcionaremos una somera descripción de cada uno de esos varios procesos los cuales, en la práctica, se desarrollan todos ellos imbricados entre sí.

## 1. LA EMERGENCIA DE UN SISTEMA DE PRODUCCIÓN CULTURAL DIFERENCIADO PARA PÚBLICOS MASIVOS

La cultura tradicional se estructura en torno de comunicaciones orales (y más tarde escritas) que cubren espacios comunicativos relativamente personalizados y de proximidad social, sea simétricos (al interior de relaciones sociales de clase y estamento) o asimétricos (en relaciones sociales de dominación). La producción cultural es un atributo de la posesión de capital social. Los circuitos más importantes de comunicación cultural son "redes de distinción", al margen de las cuales la cultura cotidiana se estructura, básicamente, como una variedad de "culturas populares" o subalternas. Entre aquellos circuitos y estas expresiones culturales subalternas no existe una interacción creativa. La producción cultural se halla débilmente estructurada y profesionalizada; en proporción significativa ella es el monopolio de "intelectuales tradicionales": sacerdotes, abogados, filósofos y pensadores, ensayistas.

La cultura, en general, ocupa una posición subordinada dentro de la sociedad. Su valor estratégico se realiza en la esfera del prestigio, antes que en las relaciones económicas y de poder. (Va de suyo que hablamos de énfasis en un continuo; de posiciones relativas; de conexiones dominantes y dominadas).

Con la modernidad se produce nítidamente un paso desde esas formas de comunicación a la comunicación predominantemente institucionalizada que hace uso de medios tecnológicos crecientemente complejos, los que permiten producir bienes simbólicos para públicos masivos. La producción cultural se concentra en un campo *institucional* que adquiere progresivamente "hegemonía sectorial"; esto es, autonomía, una división interna del trabajo cada vez más compleja y profesionalizada, y una capacidad creciente de determinar su propia oferta con relativa independencia, incluso, de los "consumidores" de cultura. Estos últimos, simultáneamente, se masifican y diferencian, operando como un mercado (o varios) de particular naturaleza.

El campo cultural deviene un sector estratégico de la sociedad, dividido en varios subsectores institucionales, cada uno a cargo de procesos claves de creación y transmisión de bienes culturales. Entre éstos, los más importantes son: el *subsector educacional*, habitualmente analizado como un sistema compuesto por varios niveles (pre-escolar, básico, medio y superior), pero que comprende a la vez procesos de educación extrasistema (en empresas, de educación no-formal, educación de adultos, etc.); el *subsector de la ciencia y tecnología*, compuesto por una multiplicidad de organismos de investigación y desarrollo ubicados en el ámbito de la educación superior, de las empresas (públicas y privadas) y de los denominados "servicios generales" (aparato no-productivo del Estado); el *subsector de la industria cultural* que comprende los medios que operan para el "mercado de mensajes" en diversos rubros (prensa, televisión, radio, libros, industria discográfica, de videos, etc.); el subsector de las artes, que establece relaciones variadas con los demás subsectores funcionando parcialmente a través del subsector de la industria cultural y del subsector educacional; y el subsector de los aparatos culturales religiosos (iglesias de las varias denominaciones) que actúan autónomamente y, a la vez, a través de instancias y medios de los demás subsectores. Por consiguiente, se desarrolla una competencia intracampo no sólo entre corrientes ideológicas y concepciones culturales sino, además, entre los diversos subsectores que pugnan por el control de sus propios procesos simbólicos y por la hegemonía de éstos dentro de la esfera crecientemente compleja de la circulación y el consumo culturales.

Esta acelerada multiplicación y compleja organización de medios de producción simbólica que son típicas de la modernidad ubican al campo cultural en una posición también

cambiante en relación a los demás campos constitutivos de la sociedad. En efecto, por primera vez el propio campo cultural comanda una vasta cantidad de recursos públicos y privados, como lo testimonia el gasto que los países realizan en educación o en mantener y desarrollar la investigación científica y tecnológica, o como lo muestran los flujos financieros con que opera la industria cultural, especialmente a través de la publicidad. En suma, la cultura adquiere, en su dimensión organizada de producción y transmisión de bienes simbólicos, un renovado valor económico, integrándose a los procesos económicos básicos de la sociedad.

De hecho, el conocimiento pasa a jugar un rol decisivo en todas las esferas de la sociedad. Aquellos que producen, transmiten, manipulan y administran conocimientos se convierten en un sector cada vez más numeroso de la sociedad y de mayor peso relativo en la conformación del Estado, en la conducción de la economía y en la definición del desarrollo. En las sociedades más avanzadas, este rasgo típico de la modernidad da lugar a la caracterización de ese complejo específico como una "industria del conocimiento" y, más adelante, a la propia identificación de la sociedad como una sociedad post-industrial, de información o tecnología, a cargo de una "nueva clase" definida en términos de una "comunidad de conocimientos" o «clase cultural».

Asimismo, la cultura se erige frente al campo político como un campo dotado de recursos autónomos de incidencia, sea mediante la modelación de la opinión pública a través de los medios de comunicación de masas, o de la gestación y difusión de ideologías que inciden en la elaboración de la "agenda pública", o de la "escenificación" de la política y de sus órganos centrales que tan decisivamente influyen en la conformación de lideratos, en la socialización política de la población y en la legitimidad de los medios y las metas de la política.

Algo similar ocurre con el peso autónomo que el campo cultural adquiere frente a la estructuración de la sociedad, la estratificación de sus grupos y movimientos básicos y la movilidad y el destino de los individuos. Sobre todo, el subsector educacional contribuye poderosamente a marcar las trayectorias individuales, en términos de ocupación y posición social, pero además contribuye a la organización de estratos sociales completos, como ocurre con sectores de las clases medias, y con los grupos profesionales y semiprofesionales en particular.

J Además, el campo cultural contribuye crecientemente, a través de la operación de otros de sus subsectores, a conformar la identidad (las "culturas" de los varios grupos que constituyen la sociedad, especialmente a través de la distinción entre

Li  
> pautas de consumo cultural que, cada vez más, son parte de esa  
z identidad.

## 2. LA CULTURA DESPLAZA SU CENTRO DESDE LA ESFERA PRIVADA HACIA LA ESFERA PUBLICA

La cultura tradicional, en todas sus expresiones principales, era una cultura de circuitos sociales cerrados y de base privada, independientemente de que aprovechara de recursos públicos o del apoyo que pudiera recibir de organismos estatales. Era una forma de vida, un atributo de los individuos. El ideal de la cultura era el ideal del hombre culto, el "gentleman", fenómeno específico de la sociedad civil organizada en clases y estratos de clase. La cultura era concebida como una manera de ser en el mundo; no como una especialización. Con la modernidad, la cultura abandona metafóricamente la sala de ópera, y sale a las calles, entremezclándose con la ciudad, con la economía, con el Gobierno, con los movimientos políticos y sociales, y reorganiza su infraestructura en torno de centenares de instituciones de diverso tipo que reclaman atención pública y recursos del Estado, independientemente de su estatuto legal. La cultura se "funcionaliza": crecientemente será tratada como una dimensión especializada de la sociedad, será estudiada por especialistas y producida y enjuiciada por un personal profesionalizado en torno de esas funciones. Su penetración por el mercado, esto es, su distribución ampliada y estandarizada en un espacio de intercambios relativamente anónimos, le resta "rareza" o "carisma", permitiendo que sea apropiada por todos o por cualquiera, previsto que cuente con los medios y las competencias de acceso.

La cultura, de una manera desconocida hasta ahora, deviene un servicio público; es reconceptualizada como un "derecho" al que todos deben tener (idealmente) iguales oportunidades de acceso, con independencia de la posición que cada individuo ocupa en la sociedad. A poco andar, además, esta reclamación se hace extensiva a grupos sociales completos, los cuales pugnarán por acceder a los "bienes de la cultura" sobre bases de igualdad o, incluso, bajo formas de "discriminación positiva" que compensen desventajas económicas o de posición social facilitando un acceso aventajado a porciones de la cultura.

*El movimiento correlativo al anterior, a nivel de la sociedad, es el de transformar la cultura, crecientemente, en un objeto de políticas, esto es, un servicio del que debe hacerse cargo el Estado y organismos privados, distribuyéndose a través de circuitos públicos, de mercado o de base comunitaria,7 con la intervención reguladora de organismos representativos de los intereses locales, corporativos, empresariales, sindicales y estatales.*

*En particular, el Estado asume su rol promotor de la cultura empleando para ello los más diversos medios de acción: la legislación, resoluciones administrativas, intervenciones de corte político, censura ideológica, movilización de recursos,*

otorgación de subsidios, liberación de impuestos, facilitación de la importación de tecnologías de producción y recepción de bienes culturales, reservas de mercado, constitución de corporaciones públicas de promoción cultural, etc. Al abandonar la esfera privada e integrarse progresivamente a la esfera pública, la cultura moderna se transforma en un campo de infinitas acciones deliberadas de ordenamiento, encauzamiento y distribución M servicio cultural; se refuerzan sus rasgos institucionales y organizativos y se crea, en tomo al campo cultural, una compleja red de agencias y actividades que intervienen en distintos momentos y etapas de la producción, transmisión y recepción de los bienes culturales, dando lugar a nuevas formas de división M trabajo de producción y control simbólicos y a nuevas formas de profesionalización de esas actividades.

### 3. LAS CULTURAS NACIONALES SE ESFUMAN

La noción tradicional de una "cultura nacional" como expresiva de un "ser colectivo", de una idiosincracia nacida del territorio y de la sangre, de una identidad enraizada en la historia sigue con la modernidad la suerte de todo lo que es sólido; se esfuma en el aire ... 8

En adelante, la "cultura de la nación" es cada vez más una heterogénea y variada interconexión de sentidos, productos y procesos condicionada por la operación del campo cultural; es una *expresión de campo* antes que una estilización de las múltiples interacciones históricamente gestadas en la sociedad, sobre todo de aquellas portadoras de la distinción de la „clase culta". Es posible, por eso mismo, que las "culturas nacionales" tiendan a parecerse cada vez más, en parte como producto de este desplazamiento desde la historia del pueblo a la historia del campo y, en parte, como producto de la difusión/incorporación de la modernidad que es característica de las relaciones del centro y la perifera, fenómeno al cual nos referiremos un poco más adelante.

"Cultura nacional" deviene así progresivamente una metáfora para designar la suma inestable y flojamente acoplada de producciones de campo y de apropiaciones por públicos altamente diversificados que actúan a través de mercados frecuentemente determinados "desde el lado de la oferta"; apropiacio-

nes que a su vez se encuentran estructuradas -a nivel microsocio- por las específicas modalidades de participación de los individuos y las agrupaciones colectivas en la cultura cotidiana. Tendencialmente, la cultura nacional pasa a ser crecientemente un movimiento que se origina en el campo y se difunde desde allí; y deja de ser una expresión de movimientos que tienen su origen en la base de la sociedad y desde allí decantan y se estilizan en una identidad colectiva.

La cultura nacional es por este concepto, de maneras cada vez más claras, el resultado débilmente integrativo de procesos diferenciados de producción simbólica organizada, en los cuales los individuos, las asociaciones civiles de diverso tipo, los grupos y las clases sociales participan de manera también diferenciada, expresando preferencias idiosincráticas y modalidades de consumo y/o interpretación y uso que conforman patrones estamentales (o asociativos) de comportamiento.

Las *transformaciones* en la cultura nacional son asimismo, progresivamente, el producto de *transformaciones de campo*, sea en la estructuración de éste, o mediante la introducción de nuevos medios tecnológicos o recursos organizacionales, o por la sucesión de éste (escuelas artísticas, predominio de paradigmas en el subcampo científico, etc.), o a través de los cambios que experimenta la operación del campo en relación a los demás sectores de la sociedad (economía y política especialmente), etc. El predominio en la economía general de la evolución de la cultura de esas transformaciones endógenamente generadas (en el campo), o procesadas a través de éste, expresan la "hegemonía sectorial" del campo cultural, su organización y orientación generalizada como un servicio público y la fuerte incidencia del lado de la oferta" en la operación de los mercados culturales, sin que esto signifique que las transformaciones de la cultura nacional se agoten en esta sola dimensión "interna". Hay, adicionalmente, cambios inducidos---desde fuera" y "desde abajo" pero ahora, con la creciente incorporación de la modernidad, ellos son menos el resultado de la productividad y autotransformación de las "culturas populares" o de la incidencia de las "culturas subtemas", que la expresión de cambios operados en los patrones de consumo y de interpretación de los individuos y sus agrupaciones.

**De hecho, las culturas populares o subtemas asumen un**

nuevo rol en la modernidad.<sup>9</sup> Su "productividad" queda crecientemente reducida a la esfera del consumo, donde intervienen por la vía de generar modelos de apropiación, proporcionando dispositivos de interpretación basados en experiencias específicas de vida y en tradiciones de cultura familiarmente transmitidas. De otro lado, su propia consistencia se ve crecientemente debilitada por el avance irresistible de la escolarización "universal" y por su gradual incorporación a una nueva matriz cultural: la cultura cotidiana de masas que se desarrolla bajo el imperio del "mercado de mensajes" y de la industria cultural. Las culturas populares retienen aquí y allá -en sociedades con fuerte tradición indígena, diferencias étnicas y lingüísticas, presencia masiva de sectores excluidos, etc.- una función adicional, consistente en su capacidad de ofrecer un repertorio de resistencias frente a los procesos de incorporación de la modernidad, capacidad que por un momento todavía puede generar la ilusión o el mito de la sobrevivencia de las culturas autóctonas o de su productividad de «nuevas formas de modernidad". Se trata, sin embargo, solamente de un efecto de espejismo, alimentado por la pasión de intelectuales anti-modernistas: de hecho, esas culturas -resistentes a la modernidad- no tienen ya capacidad de producir y reproducir una nueva matriz de cultura de masas y su propia proyección sólo puede pensarse bajo una de dos formas. O como el contenido de una política nacional -popular, de recuperación de los valores del pueblo, que para sostenerse necesita volcarse sobre los movimientos sociales y su supuesta potencialidad reformadora de la cultura. O bien, como una completa resignificación de la cultura moderna por la extensión de la religiosidad popular tradicional. En este último caso se trataría de "evangelizar" de nuevo la cultura y de bautizar la modernidad. De hecho, las únicas defensas intelectuales coherentes de las "culturas populares" que se encuentran hoy en el mercado académico latinoamericano tienen su origen o bien en las teorías revolucionarias que predicaban un regreso al origen cultural -incontaminado" del pueblo (cuya versión más extrema se encuentra en Sendero Luminoso) o en aquellas que pregonan la revitalización del núcleo religioso (cristianosincrético y popular) de la cultura latinoamericana como medio para superar el carácter -artificial" de la modernidad.

#### **4. EL DESARROLLO DE LA CULTURA COTID~ DE MASAS**

La cultura cotidiana de masas -que es el fenómeno más prominente de la cultura cotidiana propia de la modernidad-es un producto directo de la nueva estructuración de la cultura en la sociedad, y del predominio de los procesos culturales de campo.

La cultura cotidiana de masas es la expresión más inclusiva que ha alcanzado hasta el presente el desarrollo de un "mercado de mensajes", contracara de la conformación, dentro del

campo, de un subsector denominado de la industria cultural. Radicalmente, la industria cultural y el "mercado de mensajes" definen un nuevo principio de organización de la vida cotidiana y de la cultura cotidiana, que sustituye las formas tradicionales de organización de la cotidianidad en torno a la religión primero y luego en torno al trabajo y/o a la política. La «cultura de masas" es la forma más avanzada de interconexión entre el campo cultural y la cultura cotidiana, y por eso es en torno a ella que se presentan las mayores contradicciones de la modernidad: alienación del individuo, tendencias a la homogenización de los patrones de consumo cultural, diferenciación de la cultura según las orientaciones de la oferta, rápida obsolescencia de los bienes culturales, sucesión de modas, producción organizada de ídolos y de señales de identificación, predominio de las "ideologías livianas" en la comunicación masiva, transformación de actividades tradicionalmente solemnes en espectáculos de consumo masivo, trivialización de lo serio, banalización de lo sagrado, despersonalización de las formas comunicacionales, pérdida de valores tradicionalmente tenidos y sentidos como centrales para la civilización occidental, etc.

De hecho, se trata de -contradicciones en proceso" y no, necesariamente, de expresiones definitivas de la cultura moderna. Se trata de pugnas específicas -esto es, contradicciones-que se encuentran en pleno desarrollo, cuya resolución no es posible prever en ese momento; y no de tendencias inscritas en la estructura de la modernidad que llevaría inexorablemente a resultados predeterminados: completa secularización de la sociedad, conformación de una "cultura afirmativa" (Marcuse) y del hombre y la mujer unidimensionales; predominio de los medios sobre los mensajes; globalización del mundo (la *global village* de McLuhan); internacionalización total; irreversible alienación de las masas; pérdida de toda capacidad de reflexión crítica o predominio irresistible de las formas irracionales del conformismo, etc.

La historia no contiene promesas de redención o condenación. Sus tendencias "profundas" son interacciones complejas que -en el universo de la cultura- producen resultados a veces previsibles pero también otros imprevistos, condicionando continuamente nuevas posibilidades de cambio o la expresión renovada de fenómenos aparentemente "irradicionales" bajo formas nuevas. Así, las ideologías no mueren sino que cambian de expresión y organización y se combinan de maneras inesperadas; la religión no se desvanece en el medio supuestamente inhóspito de la razón sino que reaparece bajo otras modalidades y ocupa nuevas dimensiones de la vida individual y colectiva; la uniformación se ve cruzada por los fenómenos de diferenciación; la internacionalización no contrarresta los regionalismos, etc.

Sobre todo, la cultura de masas entendida como nueva forma

de organización de la cultura cotidiana (forma que incorpora la modernidad) no marcha irremisiblemente hacia la uniformación, regimentación y homogeneización de las preferencias individuales; por el contrario, generaliza las ofertas dentro del «mercado de mensajes» dando lugar con ello a una multiplicación de las modalidades de apropiación individual de los bienes simbólicos; homogeneiza por tanto en un plano provocando diferenciación en otros, sobre todo en el plano de la recepción y el "reconocimiento" individual de los mensajes transmitidos. Más que a una regimentación de los sentidos da lugar a una implosión de sentidos, amenazando a veces, por saturación, la capacidad selectiva y de aprendizaje de los individuos. La aparición de comportamientos estandarizados de consumo, al igual que la introducción de regímenes estandarizados de educación, forman parte, ciertamente, de la estructura de la modernidad. Son modalidades de la operación cultural en "gran escala", producto de la masificación que se observa tanto en el plano de la producción como del consumo de los bienes culturales. Sin embargo, en medio de ellos, es posible observar la aparición de formas siempre renovadas de diferenciación y diversificación, tanto desde el lado de la producción como del lado de la apropiación.

Al final, incorregiblemente, toda experiencia de apropiación de un bien simbólico -por masiva que sea su puesta en circulación dentro del mercado- constituye un acto profundamente personal. Más bien, es el encuadramiento ideológico de la producción y de la recepción el riesgo mayor, puesto que puede transformar, aún a esa experiencia individual de apropiación, en una experiencia colectiva, temerosa de expresar su diferencia y de hacerse cargo de las consecuencias cognitivas y afectivas de ella.

El predominio de la oferta y el peso institucional del campo cultural crearon en un comienzo el espejismo de una completa determinación de la cultura por el lado de la oferta y del polo de la producción simbólica. Los agentes del campo, y sus poderosos medios técnicos de operación, pasaron a ser conceptualizados -por un momento- como verdaderos *deus ex machina*, presencia incontrarrestable y manipulativa de públicos e individuos completamente sometidos y malcabidos. Con posterioridad, sin embargo, se ha ido abriendo paso una percepción más equilibrada que mira simultáneamente al polo de producción y sus factores de fuerza tecnológica, económica

y política y al polo de recepción, dotado de su propia autonomía y competencias interpretativas, en el continuo proceso de construcción interactiva de la realidad social y personal. Incluso en el ámbito del estudio de los fenómenos culturales, esta constante pugna entre visiones integradas de la producción y visiones diferenciadas de la recepción o apropiación recorre como una línea divisoria entre los autores y las escuelas, marcando todavía hasta ahora un predominio, en retirada, de los primeros.

## **S. LOS FENOMENOS MUCIENTE INTERMACIONAUZACION**

La internacionalización de la cultura -de los procesos de campo y de aquellos propios de la esfera cotidiana- constituye un rasgo específico de la modernidad, expresado en la periferia por fenómenos de dependencia y de *recepción* de modelos, prácticas y bienes culturales.

Desde sus orígenes, como ha mostrado Braudel, el capitalismo ha operado en torno a un "centro" que es a la vez el punto más intenso en la producción y circulación de bienes y el punto más intenso en la creación y difusión de productos simbólicos. La expansión e internacionalización de los mercados -la "gran transformación" del mundo económico capitalista- han jugado para la cultura un rol similar a aquel desempeñado para los lujos del capital financiero y el comercio a larga distancia de mercancías, operando específicos fenómenos de difusión desde el centro y de recepción y apropiación receptiva en la periferia; fenómenos decisivos tanto para la estructuración y operación del campo cultural, como para las modalidades de funcionamiento de los---mercados de mensajes", las formas del consumo simbólico y la transformación de la cultura cotidiana en moderna cultura cotidiana de masas.

Los fenómenos de internacionalización de la cultura así analizados tienen lugar en todos los subsectores del campo, desde la organización de los aparatos educacionales y la definición de los programas educativos hasta la transferencia de tecnologías y de paradigmas científicos; desde la operación de los subsectores más dinámicos de la industria cultural hasta la emergencia de vanguardias artísticas en torno a determinadas concepciones del arte y de su práctica, desde, la organización -típicamente internacional- de las iglesias hasta sus nuevas



formas de acoplamiento con la industria cultural; y el "mercado de mensajes" ('tv-evangelism', por ejemplo).

La incorporación de la modernidad en la cultura periférica puede entenderse por lo mismo, en una de sus dimensiones centrales, como la evolución de esos específicos procesos de difusión/recepción, a condición de que ellos sean analizados empíricamente, atendiendo a los procesos de *recepción* como procesos de apropiación social e institucional y no meramente, como la expansión unilinear de ideas, modelos y productos simbólicos desde un centro hacia una periferia constante e invariable subordinada.

La historia de esos procesos de recepción --en cualquier plano de la cultura periférica- es por lo mismo una parte constitutiva de los procesos de incorporación de la modernidad. Pero la recepción misma no es un acto que pueda comprenderse siguiendo exclusivamente la trayectoria de la difusión sino que debe estudiarse como proceso específico de apropiación dentro M campo cultura; y de la cultura cotidiana receptores. En otras palabras, la difusión no se corresponde biunívocamente con la recepción; se trata de procesos complejamente interrelacionados pero que guardan autonomía el uno M otro y que necesitan por lo mismo entenderse en sus respectivos contextos de ocurrencia.

## 6. LOS NUEVOS FACTORES CONDICIONANTES DE LA CULTURA

Finalmente, las propias -condiciones de contexto- -condiciones exteriores al campo pero co-constitutivas de éste y profundamente imbricadas en la esfera de la cultura cotidiana- del proceso de evolución de la cultura, entran a desempeñar, a partir del proceso de incorporación de la modernidad, un nuevo rol.

De entrada, la "hegemonía sectorial" del campo cultura; le asegura a éste una relativa independencia de esas condiciones de contexto, sin que ello signifique que éstas dejan de desempeñar un rol decisivo. Como nunca antes, la cultura es a la vez resistente a las "turbaciones" y cambios que se producen en otros campos de la sociedad, a la vez que se encuentra involucrada de maneras sutiles pero decisivas en el movimiento de esos cambios y perturbaciones.

La metáfora de la cultura como mera expresión epifenoménica o superestructural de los procesos de base de la sociedad (económicos o políticos) es típicamente una concepción premoderna de la cultura, una visión del siglo XIX. La visión de la cultura como entidad enteramente separada de su contexto e inmune a las transformaciones de éste constituye, en cambio, una ilusión de la modernidad y una expresión de la pretensión crecientemente expansiva de la "nueva clase" de los intelectuales que desearían ser percibidos como a cargo de una esfera íntegramente autónoma y hegemónica en el desarrollo de la

sociedad (postindustrial).

La incorporación de la modernidad en la cultura plantea, por el contrario, sobre nuevos términos las relaciones entre campo/mercados culturales/cultura cotidiana y entre esos macroelementos constitutivos del universo cultura; y los demás campos y agencias que constituyen la sociedad: la economía; la política y el entramado de los procesos de difusión/recepción que son inherentes a la periferia, según sus formas (nacionales) específicas de dependencia, subordinación y asociación.

Aceptado que sea el principio de "hegemonía sectorial" del campo cultura; se sigue de allí que cualquier fenómeno intracampo debe ser analizado como un fenómeno de "doble cara"; una que mira hacia el interior de la instancia sectorial del campo de que se trate (y de sus conexiones con otras instancias del campo) y otra que mira hacia el exterior del campo, identificando los "contextos inmediatos" de interacción y sus modos de operación. ¡O

En el caso de la cultura cotidiana, en cambio, una perspectiva de análisis consistente con la anterior debe introducir como primera prioridad el estudio de los componentes específicamente simbólicos de esa cultura para analizar, desde allí, sus conexiones con los fenómenos de campo (que constituyen su contexto más inmediato) y con los fenómenos "externos" más directamente determinantes de la cultura cotidiana, que varían de una situación histórica a otro pero que, en general, tendrán que ver con las condiciones económicas y sociales de operación de los mercados (por tanto con las determinaciones de clase, edad, educación, regionales y de género que condicionan el acceso a los mercados) y con los grados y formas de intervención de la política en las interacciones situadas de los individuos, así como con la estructura que éstas adoptan en el interjuego entre los ámbitos públicos y privados de la sociedad.

Por efecto de la modernidad, entonces la propia noción de cultura -y el entramado de relaciones que ella establece con la sociedad- se transforma y obliga a producir nuevos esquemas para su análisis e interpretación.

1 El esquema conceptual esbozado ha sido desarrollado en varios trabajos anteriores. Véase: Brunner, José Joaquín: *La cultura autoritaria en Chile*; FLACSO, Santiago de Chile y Universidad de Minnesota, 1981; Brunner, José Joaquín y Flisfisch, Angel: *Los intelectuales y las instituciones de la cultura*, FLACSO, Santiago de Chile, 1983. Brunner, José Joaquín y Catalán, Gonzalo: *Cinco estudios sobre cultura y sociedad*; FLACSO, Santiago de Chile, 1985 (Estudio I). Brunner, José Joaquín: *Un espejo trizado. Ensayos sobre cultura y políticas culturales*; FLACSO, Santiago de Chile, 1988.

- 2 Respecto de esta noción, véase Brunner, José Joaquín: "Los debates sobre la modernidad y el futuro de América Latina"; FLACSO, *Documento de trabajo* N° 293, Santiago de Chile, 1986. Asimismo, versiones corregidas de ese documento en: "Notas sobre modernidad y lo postindemocrático en la cultura latinoamericana"; *David y Goliath*, Buenos Aires, años **XVII**, N° 52, septiembre 1987, pp. 30-39 y "Cultura y modernidad en América Latina", revista *Mundo*, México, vol 1, N° 2, 1987, pp. 31-43. Además, Brunner, José Joaquín: "Entonces, ¿existe o no la modernidad en América Latina?"; FLACSO, *Material de discusión*, N° 101, Santiago de Chile, 1987.
- 3 Véase sobre este aspecto Brunner, José Joaquín: "Cultura y crisis de hegemonías", *Revista de pensamiento iberoamericano* (España), N° 5 (a), enero-junio, pp. 249-310.
- 4 Véase Brunner, José Joaquín y Catalán, Gonzalo, op. cit., (Estudio 4).
- 5 Sobre la cultura como signo privado de la aristocracia en su relación con la ópera, véase Orrego Luco, Luis, *Memorias del tiempo viejo*; Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1984.
- 6 Véase Brunner, José Joaquín: "Políticas culturales y democracia: hacia una teoría de las oportunidades". En Nestor García Canclini (ed.) *Políticas culturales en América Latina*; Editorial Grijalbo, México, 1987. Asimismo, Brunner, José Joaquín: "Cultura y políticas en la lucha por la democracia"; FLACSO, *Documento de trabajo*, N° 206, Santiago de Chile, 1984; y "Cultura y política: algunos problemas"; FLACSO, *Material de discusión*, N° 55, Santiago de Chile, 1984.
- 7 Entendemos por circuitos de base comunitarios aquellos que operan mediante asociaciones de voluntarios de todo tipo, sea recurrir al poder o al dinero como su vehículo de transmisión y regulación.
- 8 Ver Berman, Marshall: *All that is solid melts into air*, Simon and Schuster, New York, 1982.
- 9 Hemos analizado con más detalle esta perspectiva en Brunner, José Joaquín: "Notas sobre cultura popular, industria cultural y modernidad", FLACSO, *Material de discusión* N° 70, Santiago de Chile, 1985. Para un tratamiento del mismo tema aplicado sectorialmente a la prensa popular, véase Sunkel, Guillermo, *Razón y pasión de la prensa popular*; ILET, Santiago de Chile, 1985.
- 10 Este esquema conceptual ha sido elaborado, para el caso del análisis de los procesos de transformación en los sistemas de educación superior, en Brunner, José Joaquín: "Notas para una teoría de las transformaciones de los sistemas de educación superior"; FLACSO, Santiago de Chile (en publicación).